

EL RACISMO DE LOS POBRES

El pasado verano presenciábamos en Marsella los estragos del racismo entre la población trabajadora. Un desequilibrado argelino degolló al conductor de un autobús local llamado Emile Gerlach. La ocasión la pintan calva y los «jóvenes» gollistas (UJP) convocaron inmediatamente una manifestación y paro general, que pudieron culminar en una noche de San Bartolomé; la consigna cuajó entre los marseleses, removiendo un chovinismo larvado y pertinaz. La llamada no tuvo el resultado apeteído, porque los propios compañeros de Emile Gerlach, sus familiares y las organizaciones sindicales unidas alertaron sobre el carácter provocador de la convocatoria.

El entierro de Emile Gerlach fue impresionante. Desde las dos a las cinco de la tarde, decenas de miles de personas le dijeron adiós. Entre esa masa conmovida había miles de trabajadores extranjeros, incluidos norteafricanos, mientras las sirenas de los depósitos de autobuses rasgaban el imponente silencio, un silencio compuesto de sentimientos contradictorios. El «pogrom» fraguado por los «patriotas» de la UJP quedaba desbaratado.

Sin embargo, el malestar y la tensión eran visibles en la ciudad. Pese a los esfuerzos de los más conscientes, siete argelinos serían asesinados o heridos en circunstancias extrañas, y mucha gente parecía justificarlo. El gobierno argelino protestó oficialmente. Las autoridades francesas se vieron obligadas a frenar el celo de los lobeznos gollistas; incluso el presidente Pompidou habló del «peligro de que Francia caiga en el engranaje del racismo», declaración ambigua que vertió sal sobre la baba de los «jóvenes» de su propio partido. La dirección de la UJP de Marsella dimitió en bloque.

El clima hostil a los trabajadores extranjeros, especialmente contra los argelinos, estaba tan envenenado que la dirección local del PCF lo reflejó en la declaración que hizo en caliente, declaración inmediatamente rectificada por la Federación departamental de dicho partido y por su órgano central «L'Humanité». Mas entre las capas atrasadas, despolitizadas o pseudoapolíticas, la «caza al argelino» proseguía mentalmente, aunque no pasase a la acción, entre otras razones, porque la respuesta de decenas de miles de argelinos, que trabajan en los astilleros de La Ciotat y de Toulon, en el puerto y en la construcción, fue masiva, inmediata y pública. Y no son mancos. De haber estallado la hostilidad, la «caza» habría sido recíproca.

Muchos de los españoles que trabajan en la región decían, con razón, que al trabajador inmigrado —moreno o rubio— las cosas se le ponen feas en una Francia ate-

rrada por el aspecto de la depresión o la regresión económica. Pero nuestros compatriotas no tenían razón cuando afirmaban: «En España no pasarían estas cosas. En España no hay racismo».

¿No? Yo sería menos concluyente. Millones de españoles trabajan en fábricas, obras, puertos, restaurantes, hospitales, manicomios, empresas de limpieza de Europa y casas llamadas «burguesas». Pero todavía sobran brazos en España. Galicia, Andalucía, Extremadura y Levante los proporcionan a espuestas. Decir que son brazos «sobrantes» es incorrecto. Los necesita urgentemente el desarrollo económico y cultural de estas regiones, pero éste ya es otro tema.

Digamos, pues, que «sobran». Las empresas capitalistas —nacionales y extranjeras— han jugado y siguen jugando la carta de la mano de obra sobrante para mejor manejar a la «ocupada», intimidándola con la existencia de «sustitutos» acorralados por la necesidad. No sólo lo utilizan como instrumento

de explotación, sino para disgregar a la clase obrera en su conjunto, enfrentarla entre sí y debilitarla. El hecho de que haya españoles parados en España no impide que se permita la inmigración de trabajadores norteafricanos, que se organice incluso esta inmigración por los cauces del Ministerio de Trabajo, como lo han hecho dos empresas zaragozanas recientemente. Cuando esta inmigración es «clandestina», la clandestinidad constituye un factor suplementario de intimidación, por un lado, y de indignación, por otro. El tráfico que tiene lugar actualmente con esa mano de obra «clandestina» es una de las mayores vergüenzas de nuestro siglo.

Los primeros brotes de reacción contra la presencia de esos parias en España se dan, precisamente, entre los sectores más pobres y más necesitados del proletariado nativo. A los africanos se les atribuye toda clase de calamidades: el paludismo, a través de la sangre que venden para comer; el tifus, por el

vehículo de «sus» piojos; la prosperidad de los negreros; la falta de viviendas; la escasez de trabajo fijo; la desaparición de niñas y niños, de gallinas y paraguas, de palanganas y ropa tendida en los «bidonvilles» de la periferia barcelonesa; la fealdad del «paisaje», etc., etc. La gente de estas barriadas teme que los 25.000 trabajadores africanos que hay en la provincia (según estadísticas) hayan venido a «quitarnos el pan». Ignora esa buena gente la presencia en España de extranjeros mucho más voraces y dañinos: los que se apoderan del negocio hotelero y turístico; los que prevalecen ya en empresas industriales y culturales, algunas de las cuales fueron creadas o apuntaladas con dinero del erario público; los que se instalan en la huerta valenciana para destruirla y sembrarla de residuos nocivos a la tierra y a los hombres; los que van comprando las playas más hermosas, arrinconando paulatinamente a los españoles no millonarios (la mayoría) junto a los chorros de las cloacas. A la gente del pueblo no parece preocuparle —acaso lo ignore— que en 1972 se hayan concedido 57.091 permisos de trabajo a extranjeros, de los cuales sólo 3.729 son marroquíes, frente a 7.974 británicos y 6.903 alemanes. Lo que preocupa a los pobres es la presencia de extranjeros más pobres todavía, gente que trabaja «en lo que sea», sin estar declarada, sin pedir vivienda, sin reclamar escuela para los hijos que dejaron entre los arenales africanos, ni ambulatorios, ni alcantarillado, ni luz, ni semáforos, ni estadios, ni nada de nada.

El peligro del racismo existe entre nosotros, y no debemos ocultarlo. Hay que denunciar y cortar de raíz sus primeros brotes. Tiene un origen económico, aunque muchos no sean conscientes de ello. Se manifiesta en pequeños detalles, pero crecerá; ya se encargarán de ello las clases interesadas en fomentarlo. Hay titulares alarmantes, como el de un diario barcelonés, que el 2 de septiembre daba la noticia del posible contrato de trabajadores norteafricanos en Zaragoza. «Trámites para admitir norteafricanos, mientras en las comarcas colindantes hay parados», y el diario («El Correo Catalán», por más señas) reproducía la información del diario aragonés «Amanecer», redactada en términos todavía más alarmantes, materia explosiva entre cualquier núcleo de zaragozanos en paro forzoso. Las causas de la contradicción no se explican. Por su parte, un muy importante diario de Barcelona, del 8 de mayo de 1973, refiriéndose al problema en esa ciudad se limitaba a calificarlo, editorialmente, de «enormosa situación», sin osar pedir la prohibición de la inmigración africana, pero sin atreverse tampoco a saludarla. Más explícita era una





El problema del racismo existe entre nosotros, y no debemos ocultarlo. Su origen es económico, aunque muchos no sean conscientes de ello. Es preciso denunciar y cortar de raíz sus primeros brotes.

circular interior que la dirección de una fábrica francesa (la Usine Nouvelle, de Aubervilliers) distribuyó entre sus cuadros gestores el 26 de marzo de 1970. Decía así:

«La presencia de esta inmigración proporciona mayor agilidad a nuestra economía, porque se trata de gentes sumamente móviles, que aceptan cambiar de empresa, de región y, en caso necesario, ser parados subvencionados. La inmigración da frutos adicionales en la medida que permite a nuestro país economizar parte de sus gastos de educación y equilibrar mejor los gastos de la nación. Los inmigrantes son jóvenes y, a menudo, cotizan más de lo que reciben en materia de prestaciones». (Citado en «L'Humanité», 29-VIII-73.)

Porque no olvidemos una cosa: el capitalismo no tiene patria, ni prejuicios raciales, ni hace «asquitos» de ningún color, olor o sabor. Lo que cuenta para él es el máximo beneficio, y esta ambición le lleva, a veces, a fingirse patriota y racista. Eso de los «asquitos» queda para los pobres diablos. Los magnates de hoy se compran chicos y chicas de color, negros o amarillos, para sus placeres eróticos. Los grandes modistas presentan sus modelos para millonarias sobre cuerpos africanos. Los «snobs» de la burguesía se exhiben con negras despanpanantes y muñequitas asiáticas, proclamando su buen gusto y su «universalidad».

Pero fomentan, atizan, desorbitan el racismo entre los pobres, los que temen perder el mendrugo cuando aparece otro más hambriento. Los

«mass-media» del capital siembran la semilla con cautela, sutilmente, hipócritamente.

El 24 de junio de este año, otro diario de Barcelona publicaba la carta de un lector, el cual, tras saludar respetuosamente al señor director, decía, entre otras cosas:

«Sé muy bien que el tema de los norteafricanos es tema que ha hecho correr mucha tinta y mucha saliva, pero, con todo, yo quisiera saber por qué, en vez de hablar y hablar, no se toman medidas para remediar el problema, o, al menos, reducirlo. En nuestro vecino país, a los norteafricanos, si no tienen contrato de trabajo, porque están saturados de gentes que van y vienen sin hacer nada y que terminan limpiando transeúntes, coches, torres y todo lo que les caiga en mano. Aquí, el problema es igual, pero aumentado. Me explicaré. Aquí también estamos saturados de esos tipos que cada día tienen su lugar en la crónica de sucesos y que van y vienen por la estación y un poco por toda la ciudad, sin saber qué hacer de su vida, pero la diferencia radica en que aquí entran como turistas. No veo otra explicación, pues no me creo que todos entren en el país ilegalmente. ¿Qué se hace? Pillarlos cuando roban. Nada más. Por el amor de Dios, señores, que esto pronto va a ser un peligro muy serio, y de hecho ya lo es. ¿Por qué diablos tenemos que aguantar, con el consabido peligro, todo lo que en otro lado de los Pirineos no quieren? ¿Es que somos demasiado confiados, o es que, en efecto, España

es tan diferente que se dejan circular sin control hombres que, por su situación, son delincuentes en potencia?».

Más adelante, el lector, que firma su carta UN LECTOR PREOCUPADO, dice muy solemnemente: «Y que conste que no soy racista».

Los que hemos vivido y trabajado en Francia sabemos lo que significa ser extranjero pobre. Cuando los franceses «se metían» con los argelinos, los españoles nos sentíamos aludidos. Si había un crimen «crapuleux», siempre se publicaba la declaración de algún testigo ocasional, que describía al culpable, visto fugazmente y en la oscuridad, de «type au teint basané», (individuo de tez oscura), y luego, efectuadas las diligencias resultaba que el asesino, el ratero, el violador o el sádico era un rubio llamado Dupont. La piel cetrina de nuestros andaluces fue a menudo confundida por los gendarmes con la de oranenses o marroquíes, con las correspondientes humillaciones que eso comportaba. Pero a los magnates del petróleo y otros alcahuetes negros del imperialismo, que derrochan fortunas en el Lido, nadie les pidió jamás los papeles ni se les atribuyeron crímenes «crapuleux». Sólo a los pobres y con ayuda de otros pobres.

Lo menos que podemos hacer en España, país que «ha crecido, pero no se ha desarrollado» (Sebastián Auger) y, por consiguiente, atrofiado, es no permitir que los norteafricanos se conviertan en blanco del descontento de muchos pobres y, por qué no decirlo, de su desesperación. ■ TERESA PAMIES.



EDITORIAL
CASTALIA

Zurbano, 39 - Tel 734 85 81
MADRID-10

EDICIONES CRÍTICAS EPISTOLARIO DE LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATIN

Edición, introducción
y notas de René Andluc
Tamaño 24 x 17 cm.
712 págs. Tela: 1.500 pts.



LITERATURA
Y SOCIEDAD

J.M. MARTÍNEZ CACHERO

La novela española entre 1939 y 1969

Historia de una aventura

Libro distinto a los existentes. histórico más que crítico (aunque también en él se haga crítica de obras, tendencias y actitudes), documentando veraz y completamente la marcha del género a lo largo de más de un cuarto de siglo en medio de obstáculos sin cuento, lo cual ha constituido una desigual aventura.

290 páginas Rustica. pts



50/Francisco de Quevedo

* LOS SUEÑOS

Edición de Felipe C. R. Maldonado

51/Bartolomé de Torres Naharro

* COMEDIAS

Edición de D. W. McPheeters

52/Ramón Pérez de Ayala

*** TROTERAS Y DANZADERAS

Edición de Andrés Amorós

53/José Martínez Ruiz, Azorín

* DOÑA INES

Edición de Elena Catena

Tamaño: 10,5 x 18 cm.
Sencilla: 80 pts.
* intermedia: 100 pts.
** doble: 120 pts.
*** especial: 150 pts.

DISTRIBUIDOR EN CATALUÑA

Les Punxes, Distribuidora, S. L.
Pou Dolc, 6 - Tel. 231 84 87
BARCELONA-2